

Los aspectos religiosos, históricos, políticos y culturales de la devoción, y consiguiente patronato, de Santiago en España han sido ya minuciosamente desmenuzados por los incontables estudiosos que han escrito sobre ellos. Desde los estudios de López Ferreiro sobre la Iglesia de Santiago y el memorable ensayo de Américo Castro, cuyo título puede despistar ("Cristianismo frente a Islam"), son abundantísimos los estudios que se han realizado en torno a lo que podemos considerar uno de los esenciales hechos constitutivos de España. De entre la bibliografía más reciente, dejando a un lado títulos de importantes hispanistas extranjeros, merece la pena resaltar a Manuel Jesús Precedo Lafuente, Gonzalo Torrente Ballester, Elías Valiña Sampedro y otros muchos.

El comienzo de lo que más tarde llegaría a ser impresionante presencia de Santiago en el devenir y quehacer de España tuvo lugar por el año 813, en que **Teodomiro**, obispo de Iria Flavia, en descubrimiento de la tumba y los restos del Apóstol Santiago. Inmediatamente se construyó una iglesia en el lugar, que por su humildad y estrechez fue trocada más tarde en la impresionante catedral de piedra y mármol actual, justo en el sitio del descubrimiento. Así comienza el esplendor de Santiago y su devoción, en la que pronto se mezclaron elementos diversos, muchos de ellos espurios y ajenos a la religión cristiana y a la personalidad histórica de Santiago.

Como muy bien señaló en su día Américo Castro, el Santiago gallego y español, es decir, **Matamoros**, es una mezcla de los dos Santiagos evangélicos, el Mayor o "hijo del Zebedeo", también llamado Boanerges o "Hijo del Trueno" y el Menor, considerado "hermano de Jesús" (la expresión es del evangelio, pero la tradición lo tomó literalmente y el pueblo creyó que Santiago era hermano gemelo de Cristo, hijo como él de José



el Carpintero); a ello se unió la tradición pagana de Cástor y Polux, los hijos de Júpiter, es decir "los hijos del Trueno" que es la traducción de Dioscuros, nombre con que los dos hermanos mitológicos son conocidos. Para que la coincidencia parezca mayor, recordemos que Castor y Polux ayudaban a los ejércitos romanos galopando y luchando en sendos caballos blancos que algunos vislumbraban en los aires, como numerosos testimonios españoles certifican de Santiago a través de la historia. En fin, el paralelismo es total en Berceo, cuando nos narra cómo Santiago y San Millán eran vistos en caballos blancos descendiendo del cielo para ayudar a los cristianos en sus batallas...

Todos los testimonios medievales (historiadores, monjes y escritores) coinciden en que la irrupción apoteósica y deslumbrante de la figura de Santiago en la historia de España tuvo lugar con motivo de la **batalla de Clavijo**, año 822. Muchos años después, Alfonso X el

Sabio, en Toledo, recogió la tradición según la cual el Apóstol se apareció al rey Ramiro I, antes de la batalla, y le dijo (lo transcribimos en castellano actual): "Nuestro Señor Jesucristo envió a todos los otros apóstoles, y a mí, a todas las otras provincias de la tierra y a mí solo me encomendó España para que la guardase y amparase de las manos de los enemigos de la fe... Y porque no dudes nada en esto que yo te digo, mañana me verás estar contigo en la batalla, en un **caballo blanco, con una bandera blanca y espada grande y reluciente en la mano**". Entonces los cristianos, termina la narración del Rey Sabio, "fiando en la ayuda de Dios y del apóstol Santiago (sant Yagüe)", vencieron a los moros.

A partir de ese momento se acendra a la línea ascensional de la devoción popular y el auge de la ciudad de Santiago. Alfonso III (866-910) hizo construir el templo de Apóstol, como dice Alfonso el Sabio, "et fizo la eglefia de Sant Yagüe, toda de piedra taiada, con puila-

res de mármol, ca antes de esto, de tierra era fecha". En el año 954 se fecha un importante documento de Ordoño III, rey de León, distingue al obispo de Santiago con la preeminencia de "pontífice de todo el orbe", rivalizando en primera peregrinación, al frente de la cual viene **Gondescalco**, obispo de Le Puy. El año 977 Almanzor llegó a las puertas de Santiago, arrasó la ciudad, arrebató las campanas de la catedral, pero respetó la tumba del Apóstol.

Desde Clavijo, apenas hay batalla de la reconquista en que los cristianos no vean no sientan que Santiago está a su lado luchando en un caballo blanco frente a los moros, a veces acompañado de otros santos protectores, como San Millán en la batalla de Simancas (año 937) que ganó el Conde Fernán González, fundador de Castilla. Dejándonos otros innumerables datos en el tintero, concluimos con Américo Castro: "La creencia en la virtud **exmachina** del apóstol permitió existir a Castilla y León y los sostuvo frente a moros y europeos; los reyes de España, obreros de tan ardua tarea, lo sabían muy bien, mejor que nosotros los historiadores. A Santiago se debe el lento y tortuoso esfuerzo de la reconquista, y la grandeza perdurable de cuanto se creó en la Península Ibérica, de él procede, al mismo tiempo, la reacción valiosa de quienes sintieron que tal vivir era un no vivir, y lo expresaron en obras de angustiada belleza, válida siempre y en todo lugar. Son esas obras en el día de hoy puerto y refugio para almas exquisitas, alarmadas y medrosas, frente al sesgo, también "taumatúrgico", de la civilización de nuestro tiempo, que ha trocado en fines los medios materiales de una cultura yerma de sentido, y expuesta a convertirse en un cascarón vacío". En virtud de esa presencia constante de Santiago, la vida española se hizo trascendente, casi inconscientemente, y España se acostumbró como por inercia, a ver las cosas "sub specie aeternitatis", es